

Un tiempo fueron ricas abadías; los monjes afanaban la tierra y el cielo; corría el agua por los lados del camino. Aquí vinieron las gentes de cada comarca en procesiones jubilares; aquí durmieron reyes y profesaron príncipes; aquí floreció el milagro y fueron veneradas las reliquias de una muerte en olor de santidad; aquí fijaron «residencia de sus huesos» nobles señores y capitanes; aquí se elaboró nuestra cultura de minuciosa estirpe. Toda la historia de España se detuvo aquí y recorrió estos caminos que recupera la labranza. Surco a surco, el arado quiebra lo que fué conseguido paso a paso en antigua peregrinación. ¿Quién adivina ya en estas ruinas el brillo ágil de las dalmáticas, la sana lozanía de romeros?

Los nombres de antiguos personajes habitan en recuerdo entre las ruinas de estos Monasterio. Los siglos mantienen entre sus vestigios fechas que pronunciaron labios que hoy no son ni ceniza. 1167, Monasterio de Sandoval, en la provincia de Burgos. Alfonso VIII fundó en 1186 el Monasterio de Santa Eufemia de Cozuelos. San Esteban de Ribas de Sil, entre las montañas de Orense recuerda su fecha: 1290. El Monasterio de Alcántara, cuna de la Orden Militar de Alcántara.

La arquitectura ojival del Monasterio de Poblet. San Juan de la Peña que tuvo 300 villas bajo su dominio, suministró obispos a las sedes aragonesas y fué guardador del Santo Cáliz. El Monasterio de Aguilar de Campo "Antiquísimo, célebre y rico". Santo Toribio de Liébana que venera el "Lignum Crucis" de mayor tamaño que existe en el mundo.

Los benedictinos y los cistercienses cuidan el Monasterio de Leyre, este Monasterio que fué también palacio y panteón de los Reyes de Navarra. El Monasterio de Olmos de Santa Eufemia favorecido por donaciones reales. Fué sepultura de Doña Sancha, hermana del Rey Fernando III. Solo queda en bella memoria de este Monasterio tres absides de estilo románico de belleza extraordinaria.



Monasterio de Sobrado de los Monjes (La Coruña)

Ningún camino conduce ya a estos lugares. Aislados del mundo, en lo alto de las montañas o en la umbría del valle, resecos por el sol, los viejos monasterios se consumen a merced del otoño.

Cuando el viento conmueve las campanas y brotan de los muros los pájaros de aceite y cruje la madera de las vigas, los campesinos rezan el conjuro. Piedras vacías, iluminadas solo de leyendas tristes; el aire tiene dentro de ellas su resonancia misteriosa, su voz antigua, su aspaviento del sábado.

Cuando se rompa el sol contra las peñas, los pastores buscarán la sombra de estos muros, ya con la umbría de muchos inviernos.

El caminante acudirá al Monasterio buscando refugio para el alma agitada, descansando en el silencio sus fatigas, mitigando su hambre con el pan caliente de un viejo horno. El frescor de la huerta, el fruto, el agua en un camino de tierra deslizada, serán frescor para su melancolía.

La campana del Monasterio agrupa al mendigo, al errante, al peregrino. Los convoca con sonido de bronce para cumplir la obra de misericordia. Es una caridad generosa y olvidada y cumplida a través de los siglos. El hambre y el cansancio tienen al través de los tiempos la misma cara pero distintos los trajes. El mismo barro ha salpicado siempre la pobreza y el hombre es hombre.

También su ruina reunirá a los hombres en meditación de obra vencida, humana tarea venida a la tierra, arquitectura descompuesta. El vestigio quedará en el arco roto pero la armonía del Creador mantendrá ese arco para pasmo de los estudiosos.

El honor sencillo del Monasterio habrá sido esa perpétua nobleza de sus piedras, esa dignidad que los ha hecho dibujarse magníficos sobre su propio paisaje.

